

y una acusación contra el Estado que da ocasión á tales miserias. Viendo estas extrañas fisonomías es difícil decidir si tales mamíferos con plumas se cretinizan en tal oficio ó si no lo ejercen por ser cretinos de nacimiento. Tal vez la culpa pertenece por igual á la naturaleza y al gobierno. «*Los aldeanos*, ha dicho un desconocido, sufren sin darse cuenta la acción de las circunstancias atmosféricas y de los hechos exteriores. Identificados en cierto modo con la naturaleza en medio de la cual viven, se penetran insensiblemente de las ideas y de los sentimientos que despiertan y los reproducen en sus acciones y en su fisonomía, según su organización y su carácter individual. Amoldados á los objetos que les rodean sin cesar, son el libro más interesante y más verdadero para todo el que se siente atraído hacia esta parte de la fisiología, tan poco conocida y tan fecunda, que explica las relaciones del ser moral con los agentes exteriores de la naturaleza.» Ahora bien, para el empleado la naturaleza son las oficinas, su horizonte está limitado por todas partes con cartones verdes; para él, las circunstancias atmosféricas son el aire de los corredores, las exhalaciones masculinas contenidas en cuartos sin ventiladores y el olor á papeles y á plumas; su terruño es un piso de ladrillo ó de madera salpicado de extraños despojos y humedecido por la regadera del mozo de la oficina, su cielo es el techo á que dirige sus bostezos y su elemento es el polvo. La observación acerca de los aldeanos puede aplicarse á los empleados *identificados* con la naturaleza en medio de la cual viven. Si algunos médicos distinguidos temen la influencia de esta naturaleza sobre el ser moral contenido en estos horribles compartimentos llamados oficinas, donde el sol penetra poco, donde el pensamiento está limitado á ocupaciones semejantes á la del caballo que da vueltas á la noria, que se aburre horriblemente y que muere pronto, Roubourdin tenía razón sobrada para disminuir el número de empleados pidiendo para ellos buenos sueldos é inmensos trabajos. Nunca se aburre nadie haciendo grandes cosas. Ahora bien, tal como están constituidas las oficinas, de las nueve horas que los empleados deben al Estado, pierden cuatro en conversaciones, en relatos, en disputas y sobre todo en intrigas. Es preciso haber frecuentado las oficinas para reconocer hasta qué punto se parece su vida á la de los colegios; bien es verdad que dondequiera que los hombres viven colectivamente, esta semejanza es sorpren-

dente: en el cuartel, en los tribunales, encontraréis el colegio más ó menos agrandado. Todos aquellos empleados sujetos durante sesiones de ocho horas en las oficinas, vean en éstas una especie de clase donde había deberes que cumplir, donde los jefes reemplazaban á los pasantes, donde las gratificaciones eran como premios dados á protegidos, donde se burlaban unos de otros, donde se odiaba y donde existía sin embargo una especie de compañerismo más frío que el del cuartel, el cual no es tampoco menor que el de los colegios. A medida que el hombre avanza en la vida, el egoísmo se desarrolla y desata los lazos secundarios del afecto. Pero en fin ¿no son las oficinas un pequeño mundo con sus extravagancias, sus amistades, sus odios, sus envidias y sus ambiciones, sus frívolas palabras que hacen tanto daño y su incesante espionaje?

En este momento, la división del señor barón de la Billardiére era presa de una agitación muy justificada por el acontecimiento que iba á realizarse, pues los jefes de división no mueren todos los días y no hay tontina donde las probabilidades de vida y de muerte se calculen con más sagacidad que en las oficinas. El interés ahoga en los empleados toda piedad como en los niños, aunque aquéllos tienen además la hipocresía.

A eso de las ocho los empleados de las oficinas Baudoyer llegaban á sus puestos, mientras que á las nueve los de Roubourdin apenas empezaban á presentarse, lo cual no era obstáculo para que se hiciesen los trabajos más rápidamente en el negociado de Roubourdin que en el de Baudoyer. Dutocq tenía grandes razones para ir tan temprano. Como hubiese entrado la víspera furtivamente en el despacho en que trabajaba Sebastián, había sorprendido á éste copiando un trabajo para Roubourdin, se había escondido y había visto salir á Sebastián sin papeles. Seguro entonces de encontrar aquella voluminosa minuta y la copia escondidas en un lugar cualquiera, registrando todas las carpetas había acabado por encontrar aquel terrible estado. Se había apresurado á ir á casa del director de un establecimiento autográfico á hacer sacar dos ejemplares de aquel trabajo por medio de una prensa de copiar, y de este modo la poseía de letra misma de Roubourdin. Para no despertar sospechas, se había apresurado á colocar la minuta en la carpeta, siendo el primero en comparecer en la oficina. Retenido hasta las doce de la



noche en la calle de Duphot, Sebastián, á pesar de su diligencia, se vió anticipado por el odio. El odio vivía en la calle de Saint-Honoré, mientras que la fidelidad vivía en la calle del Roi-Doré, en el Marais. Este sencillo retraso pesó sobre toda la vida de Roubourdin. Sebastián abrió la carpeta en cuanto llegó, y como encontrase su copia sin acabar y los demás papeles en orden, se apresuró á cerrarlos en el cajón de su jefe. A fines de diciembre hay á veces poca luz por la mañana en las oficinas, y hasta hay algunas en las que es preciso tener algunas luces encendidas por la mañana. Sebastián no pudo, pues, notar la presión de la piedra en el papel; pero cuando Roubourdin examinó su minuta á eso de las nueve y media, notó tanto mejor el efecto producido por los procedimientos de la autografía, cuanto que él se había ocupado mucho de ellos para saber si las prensas autográficas podían reemplazar á los escribientes. El jefe de la oficina estaba tan sumido en sus reflexiones, que se sentó en su sofá y, cogiendo las tenazas, se puso á arreglar metódicamente el fuego. Después, ansioso por saber en manos de quién estaba su secreto, llamó á Sebastián y le preguntó:

—¿Ha venido alguien antes que usted á la oficinas?

—Sí—dijo Sebastián,—el señor Dutocq.

—Bien, no me engañaba. Dígame usted á Antonio que venga.

Demasiado grande para afligir inútilmente á Sebastián reprochándole una desgracia consumada, Roubourdin no le dijo nada más. Antonio se presentó. Roubourdin le preguntó si no se habían quedado la víspera algunos empleados hasta después de las cuatro. El ordenanza le contestó que el señor Dutocq había trabajado hasta más tarde que el señor La Roche. Roubourdin despidió al ordenanza con un movimiento de cabeza y reanudó el curso de sus reflexiones, diciéndose:

—Dos veces que he impedido su destitución y he aquí mi recompensa.

Aquella mañana debía ser para el jefe de negociado como el momento solemne en que los grandes capitanes deciden una batalla, calculando todas las probabilidades de éxito. Conociendo mejor que nadie el espíritu de las oficinas, Roubourdin sabía que no se perdona en éstas, como ocurre en el colegio, en el presidio ó en el cuartel, nada de lo que pueda tener apariencia de delación ó de espionaje. Un hombre capaz de procurar notas acerca de sus compañeros está

deshonrado, perdido, vilipendiado, y los ministros abandonan en este caso á sus propios instrumentos. Un empleado debe entonces presentar su dimisión y abandonar París, pues su honor está manchado para siempre, resultando inútiles las explicaciones, que nadie exige ni quiere escuchar. En este juego un ministro es un gran hombre, reputado de saber conocer á los hombres; pero un sencillo empleado pasa plaza de espía, cualesquiera que sean los motivos que le hayan obligado á ello. Al mismo tiempo que medía el voceo de estas tonterías, Roubourdin conocía su importancia y se veía anonadado. Más sorprendido que aterrado, buscó el mejor medio de obrar en aquella circunstancia, y por consiguiente se mostró extraño al movimiento de las oficinas, completamente revueltas por la muerte de la Billardiére, de la cual tuvo noticia por el pequeño la Brière, que sabía apreciar el inmenso valor de su jefe.

En la oficina de los Baudoyer, á eso de las diez Bixiou contaba los últimos momentos del director de la división á Minard, Desroys, al señor Godard, á quien había hecho salir de su despacho, y á Dutocq, que había ido á las oficinas de Baudoyer por un doble motivo. Sólo faltaban Colleuille y Chanzelle.

BIXIOU, *de pie ante la estufa secándose sucesivamente la suela de las botas*

Esta mañana, á las siete y media, he ido á saber noticias de nuestro digno y respetable director, caballero del Cristo, etc., etc. ¡Ay, Dios mío! sí, señores, el barón existía aún ayer veinte, *etcétera*; pero hoy no existe ya ni como empleado. He preguntado detalles acerca de la última noche. Su guardiana, que se rinde y no se muere, me ha dicho que por la mañana, á las cinco, había preguntado por la familia real. Había hecho que le leyesen los nombres de aquellos de nosotros que iban á pedir noticias suyas. Por fin había dicho: «Llene usted mi tabaquera, déme el periódico, tráigame las gafas y cámbieme la cinta de la Legión de honor, que está muy sucia.» Ya sabéis que lleva sus condecoraciones hasta en la cama. Tenía, pues, todo el conocimiento, todo el sentido, todas sus ideas habituales. Pero ¡ay! diez minutos después, el agua había invadido, invadido el corazón, invadido el pecho, y se sentía morir. En aquel momento fatal probó cuán fuerte era su cerebro



y cuán vasta su inteligencia. ¡Ah! nosotros no le hemos apreciado, nosotros nos burlábamos de él, le considerábamos un zoquete, de lo más zoquete que hay, ¿no es verdad, señor Godard?

GODARD

Yo apreciaba el talento del señor de la Billardière como podía apreciarlo cualquiera otro.

BIXIOU

Sí, ustedes se comprendían.

GODARD

No era mal hombre; jamás había hecho daño á nadie.

BIXIOU

Es claro, para hacer daño es preciso hacer algo, y él no hacía nada. Bueno, si no es usted el que le había juzgado completamente incapaz, había sido Minard.

MINARD, *encogiéndose de hombros*

¡Yo!

BIXIOU

Bueno, entonces usted, ¿verdad Dutocq? (*Dutocq hace un violento signo negativo.*) Vamos, nadie. Era considerado aquí por todo el mundo como una cabeza hercúlea. Pues bien, tenían ustedes razón. Ha acabado como un hombre de ingenio, de talento, de cabeza, en fin, como un gran genio que era.

DESROIS, *impacientado*

Pero ¡Dios mío! ¿qué ha hecho de grande? ¿Se ha confesado?

BIXIOU

Sí, señor, ha querido recibir los Santos Sacramentos. Pero para recibirlos, ¿sabéis cómo se ha arreglado? Se ha puesto su uniforme de gentilhombre ordinario de la cámara y todas sus condecoraciones, y por fin, se ha hecho empollar; le han atado la trenza con una cinta nueva. Ahora bien, yo digo que sólo un hombre de mucho carácter se

manda hacer la trenza en el momento de su muerte; aquí estamos ocho y ninguno de los ocho se la haría hacer. No es esto todo. Ha dicho, pues ya sabéis que todos los grandes hombres hacen un último *speech* (palabra inglesa que significa *inciso parlamentario*), ha dicho... ¿Cómo ha dicho aquello? ¡Ah! ¡sí! «*Debo engalanarme para recibir al rey del cielo, ya que me he puesto tantas veces de punta en blanco para ir á visitar al rey de la tierra*». He aquí cómo ha acabado el señor de la Billardière, justificando esta frase de Pitágoras: «No se conoce bien á los hombres más que después de su muerte.»

COLLEVILLE, *entrando*

Por fin, señores, anuncio á ustedes una famosa noticia.

TODOS

La sabemos.

COLLEVILLE

Les desafío á que la digan. Estoy trabajando en ella desde el advenimiento de Su Majestad á los tronos colectivos de Francia y de Navarra. La he acabado esta noche con tanto trabajo, que mi señora me preguntaba lo que me pasaba para estar tan atareado.

DUTOcq

¿Cree usted que vamos á tener tiempo para ocuparnos de sus anagramas cuando el respetable señor de la Billardière acaba de espirar?

COLLEVILLE

Reconozco á Bixiou. Vengo de casa del señor de la Billardière, el cual vivía aún; pero se espera su muerte... (*Godard comprende la burla y se va descontento á su despacho.*) Señores, nunca adivinaríais los acontecimientos que supone el anagrama de esta frase sacramental (*enseña un papel*): *Charles dix, par la grâce de Dieu, roi de France et de Navarre.*

GODARD, *volviendo*

Digalo usted en seguida y no distraiga á estos señores.



COLLEVILLE, *con aire triunfante, enseñando la parte oculta de la hoja de papel*

A H. V. il cederá  
De S. C. l. d. partira.  
En nauf errera.  
Decedé à Gorix.

¡Todas las letras están! (*Lo repite*). A Henri V cederá (su corona), de Saint-Cloud partirá: en nauf (esquife, barco, falúa, corbeta, todo lo que ustedes quieran, es una antigua palabra francesa), errera...

DUTOCCQ

¡Qué serie de absurdos! ¿Cómo quiere usted que el rey ceda la corona á Enrique V, que, según su hipótesis, sería su nieto, cuando hay monseñor el Delfín? ¿Profetiza usted ya la muerte del Delfín?

BIXIOU

¿Y qué es eso de Gorix? ¿El nombre de algún gato?

COLLEVILLE, *picado*

La abreviación lapidaria de un nombre de ciudad, mi querido amigo. La he buscado en Malte-Brun: Goritz, en latín *Goritxia*, situado en Bohemia ó en Hungría, en fin, en Austria...

BIXIOU

Tirol, Provincias Vascongadas ó América del Sud. Debió usted también buscar algún aire para tocar eso en el clarinete.

GODARD, *encogiéndose de hombros y marchándose*

¡Qué estupideces!

COLLEVILLE

¡Estupideces, estupideces! Yo quisiera que usted se tomase el trabajo de estudiar el fatalismo, religión del emperador Napoleón.

GODARD, *picado por el tono de Colleville*

Señor Colleville, Bonaparte puede ser llamado *emperador*

por los historiadores; pero no debe ser reconocido como tal en la oficinas.

BIXIOU, *sonriendo*

Busque usted este anagrama, mi querido amigo. En materia de anagramas, prefiero á su mujer, que es más fácil de encontrar. (*En voz baja*): Flavia, en sus ratos perdidos, debería hacer que le nombrasen á usted jefe de oficina, aunque sólo fuese para librarle de las necesidades de un Godard.

DUTOCCQ, *apoyando á Godard*

Si todo eso no fuesen tonterías, usted perdería su destino, pues profetiza acontecimientos poco agradables al rey. Todo buen realista debe presumir que ya ha habido bastante con dos permanencias en el extranjero.

COLLEVILLE

Si me quitasen el destino, Francisco Keller se encargaría de arreglarle las cuentas al ministro. (*Profundo silencio*). Sepa usted, maese Dutocq, que todos los anagramas conocidos se han realizado. Mire, usted no se case, porque se encuentra en su nombre la solución *coqu*.

BIXIOU

Y quedan la d y la t para *detestable*.

DUTOCCQ, *sin parecer enfadado*

Prefiero que no sea más que en el nombre.

PAULMIER, *en voz baja á Desroys*

Chúpate esa, Colleville.

DUTOCCQ *á Colleville*

¿Ha hecho usted el de *Xavier Raboutin, chef de bureau*?

COLLEVILLE

¡Ya lo creo!

BIXIOU, *cortando su pluma*

¿Y qué ha encontrado usted?



COLLEVILLE

Forma esto: *D'abord rêva bureaux, E-u...* ¿Se fijan ustedes?... ET IL EUT! *E-u fin riche*. Lo cual significa que después de haber comenzado en la administración, la dejará plantada para hacer fortuna en otra parte. (Repite) *D'abord rêva bureaux, E-u fin riche*.

DUTOQ

Al menos es singular.

BIXIOU

¿É Isidoro Baudoyer?

COLLEVILLE, *con misterio*

No quisiera decirlo á nadie más que á Thuiller.

BIXIOU

Apuesto un almuerzo á que lo adivino.

COLLEVILLE

Yo lo pago si lo encuentra usted.

BIXIOU

Me convidará usted, pues; pero no se enfade: dos artistas como nosotros se divertirán hasta morir... *Isidore Baudoyer Ris d'aboyeur d'oiel!*

COLLEVILLE, *lleno de asombro*

¡Me lo ha robado usted! ¡Me lo ha robado usted!

BIXIOU, *ceremoniosamente*

Señor Colleville, hágame usted el honor de creerme bastante rico en necesidades para no tener que aprovecharme de las del prójimo.

BAUDOYER, *con un legajo en la mano*.

Señores, hagan ustedes el favor de hablar un poco más alto y así darán buena fama á la oficina. El digno señor Clergeot, que me ha hecho el honor de venir á hacerme una pregunta, oía la conversación de ustedes. (*Pasa para ir al despacho del señor Godard*).

BIXIOU, *en voz baja*

El ladrador está muy manso esta mañana, me parece que tendremos un cambio atmosférico.

DUTOQ, *en voz baja á Bixiou*

Tengo que hablarle.

BIXIOU, *palpando el chaleco de Dutocq*

Lleva usted un bonito chaleco que sin duda no le cuesta casi nada. ¿Es ese el secreto?

DUTOQ

¿Cómo que no me cuesta nada? Nunca he tenido otro más caro; vale seis francos la vara en el almacén de la calle de la Paz; es una tela hermosa, especial para luto riguroso.

BIXIOU

Amigo mío, entenderá usted en grabados, pero ignora las leyes de la etiqueta. No se puede ser enciclopédico. La seda no es luto. Por eso no llevé yo más que lana. El señor Ra-bourdin, el señor Clergeot y el ministro, van todos de lana; el arrabal Saint-Germain es todo lana. Minard es el único que no lleva lana por temor á que le tomen por un carnero, llamado *laniger* en latín de bucólica. Este es el pretexto que ha tomado para no ponerse luto por Luis XVIII, gran legislador, autor de la constitución y hombre de ingenio, un rey que ocupará un lugar en la historia, como lo ocupaba en el trono y en todas partes, pues, ¿sabe usted cual fué el rasgo más hermoso de su vida? ¿No? Pues bien; voy á decírselo. En su segunda entrada, al recibir á los soberanos aliados, pasó delante de todos para ir á la mesa.

PAULMIER, *mirando á Dutocq*

No veo...

DUTOQ, *mirando á Paulmier*

Ni yo tampoco.

BIXIOU

¿No comprenden ustedes? Pues bien; daba á entender que no se consideraba en su casa. Aquello era ingenioso, grande



y epigramático. Los soberanos hicieron como ustedes, tampoco comprendieron, á pesar de que se esforzaban para comprender; bien es verdad que eran casi todos extranjeros.

*(Durante esta conversación, Baudoyer está en el rincón de la chimenea del despacho de su subjefo y ambos hablan en voz baja).*

BAUDOYER

Sí, el digno hombre expira. Los dos ministros están allí para recibir su último suspiro, y mi suegro acaba de saber este acontecimiento. Si quiere usted hacerme un señalado favor, tome mi cabriolé y váyase á dar la noticia á la señora Baudoyer, pues el señor Saillard no puede dejar la caja y yo no me atrevo á dejar sola la oficina. Póngase usted á su disposición, porque tengo entendido que tiene sus propósitos y tal vez le necesitase para algo. *(Los dos funcionarios salen juntos).*

GODARD

Señor Bixiou, hoy no vendré á la oficina; así es que reempláceme usted.

BAUDOYER, á Bixiou con aire benigno.

Si ocurriese algo, consúlteme usted.

BIXIOU

Por de pronto, la Billardiére ha muerto.

DUTOcq, al oído de Bixiou

Acompáñeme usted un momento. *(Bixiou y Dutocq salen al pasillo y se miran).*

DUTOcq, hablando al oído á Bixiou

Escuche usted, este es el momento de que nos entendamos para ascender. ¿Qué diría usted si le hiciesen jefe y á mí subjefo?

BIXIOU, encogiéndose de hombros

Vamos, no venga usted con bromas.

DUTOcq

Si Baudoyer fuese nombrado, Rabourdin no querría per-

manecer y presentaría la dimisión. Aquí para entre nosotros, Baudoyer es tan inútil, que si Bruel y usted no quisieran ayudarle, dentro de dos meses sería destituido. O yo no sé contar ó tendremos tres plazas vacantes.

BIXIOU

Tres plazas que nos pasarán por delante de las narices y que les serán dadas á pancistas, á lacayos, á espías, á hombres de congregación, á Colleville, cuya mujer ha acabado por donde acaban las mujeres bonitas... por la devoción...

DUTOcq

Querido mío, á ver si alguna vez en su vida quiere usted emplear su talento lógicamente. *(Se detiene como para estudiar en la cara de Bixiou el efecto de su adverbio.)* Juguemos á cartas vistas.

BIXIOU, impasible

Veamos el juego de usted.

DUTOcq

Yo no quiero ser más que subjefo; me conozco y sé que no tengo como usted medios para ser jefe. Bruel puede llegar á ser director. Usted será jefe de negociado, le dejará su plaza cuando haya hecho su negocio, y yo podré ir tirando protegido por usted hasta mi retiro.

BIXIOU

¡Tunante! Pero, ¿por qué medios cuenta usted llevar á bien una empresa donde se trata de forzar la mano de un ministro y de expectorar á un hombre de talento? Aquí, para *inter nos*, Rabourdin es el único hombre apto de la división y tal vez del ministerio. Ahora bien, se trata de poner en su sitio al cuadrado de la estupidez, al cubo de la necedad, á Baudoyer.

DUTOcq, relamiéndose

Querido mío, yo puedo sublevar contra Rabourdin á todas las oficinas. ¿Ve usted si le quiere Fleury? Pues bien, hasta Fleury le despreciará.

BIXIOU

¡Ser despreciado por Fleury!



DUTOCQ

No le quedará nadie á Rabourdin; los empleados en masa irán á quejarse de él al ministro, y no será solamente nuestra división, sino la división Clergeot, la división Bois-Levant y los demás ministerios...

BIXIOU

Si, caballería, infantería, artillería y el cuerpo de los marinos de la guardia, ¡adelante! Usted delira, querido mío. Y ¿qué es lo que tengo yo que hacer para todo eso?

DUTOCQ

Una caricatura mordaz, un dibujo capaz de matar á un hombre.

BIXIOU

¿Lo pagaría usted?

DUTOCQ

Cien francos.

BIXIOU, *para sus adentros*

Algo es algo.

DUTOCQ, *continuando*

Sería preciso representar á Rabourdin vestido de carnicero, pero bien parecido, y buscar analogías entre una oficina y una cocina para ponerle en la mano un asador, y pintar á los demás empleados del ministerio en forma de aves, enjaulándolos en una inmensa ratonera en la cual se vería la inscripción: *Ejecuciones administrativas*. Él debe estar en actitud de cortarles el cuello uno á uno, y debe haber allí gansos, patos con cabezas semejantes á las nuestras, vagos retratos; en fin, ya me comprende usted. Se le podría poner con un ave en la mano, como Baudoyer, por ejemplo, convertido en pavo.

BIXIOU, *contemplando á Dutocq*

¿Y ha sido usted el que ha imaginado eso?

DUTOCQ

Sí, yo mismo.

BIXIOU, *hablándose á sí mismo*

¿Producirán los sentimientos violentos los mismos efectos que el talento? (*A Dutocq*.) Querido mío, yo haré eso... (*Dutocq deja escapar un signo de alegría*) cuando (*desaliento en Dutocq*) sepa en qué apoyarme; porque si usted no saliese airoso, yo pierdo mi destino, y necesito vivir. Mi querido colega, usted es aún excesivamente buen muchacho.

DUTOCQ

Pues bien, no haga usted la caricatura hasta que el éxito quede demostrado.

BIXIOU

¿Por qué no acaba usted de desembuchar de una vez?

DUTOCQ

Antes es preciso que yo olfatee en la oficina. Ya volveremos á hablar. (*Se va*).

BIXIOU, *solo en el corredor*

Este trucha, pues se parece más á un pez que á un ave, este Dutocq ha tenido una buena idea y no sé de dónde la ha sacado. Si Baudoyer sucede á la Billardiére, sería raro, pero saldríamos ganando. (*Vuelve á las oficinas*). Señores, va á haber aquí famosos cambios, pues el papá la Billardiére ha muerto decididamente. ¡Fuera broma! ¡palabra de honor! Allá va Godard corriendo por cuenta de nuestro respetable jefe Baudoyer, sucesor probable del difunto. (*Minard, Desroys y Colleville levantan la cabeza con asombro; todos dejan sus plumas y Colleville se suena*). Todos nosotros vamos á ascender. Colleville será por lo menos subjefe, Minard será tal vez oficial primero, y ¿por qué no lo ha de ser? es tan estúpido como yo. ¡Eh! Minard, si usted tuviese dos mil quinientos francos, su mujer estaría contenta y ya podría usted comprarse botas.

COLLEVILLE

¿Pero usted todavía no tiene dos mil quinientos francos?

BIXIOU

Pero el señor Dutocq los tiene en las oficinas Rabourdin.



¿Por qué no los había de tener yo este año? El señor Baudoyer los ha tenido.

COLLEVILLE

Mediante la influencia del señor Saillard. Ningún oficial primero los tiene en la división Clergeot.

PAULMIER

¡Ya lo creo! ¿no los tiene el señor Cochin? Ha sucedido al señor Vavasseur, que tuvo durante diez años cuatro mil francos cuando el Imperio, que fué rebajado á tres mil y que murió con dos mil quinientos. Pero la protección de su hermano le valió para que le aumentasen á tres mil.

COLLEVILLE

El señor Cochin se firma *E. L. L. E. Cochin*. Se llama Emilio, Luis, Luciano, Emanuel, lo cual, *anagramado*, da *Cochénille*. Pues bien, se ha asociado con una droguería de la calle de los Lombardos, la casa Matifat, la cual se ha enriquecido explotando este artículo colonial.

BIXIOU

¡Pobre hombre! Él sostuvo un año á Florina.

COLLEVILLE

Cochin asiste á veces á nuestras reuniones, porque es un gran violinista. (*A Bixiou, que no se ha puesto aún á trabajar.*) Debería usted venir á mi casa el martes próximo á oír un concierto. Se toca un quinteto de Reicha.

BIXIOU

Gracias, prefiero mirar la partitura.

COLLEVILLE

¿Dice usted eso de broma? Porque á un artista como usted le debe gustar la música.

BIXIOU

Iré, pero lo haré por su señora.

BAUDOYER, *volviendo*

El señor Chazelle no ha venido aún. Felicítenle ustedes de mi parte, señores.

BIXIOU, *que ha puesto un sombrero en el sitio de Chazelle al oír los pasos de Baudoyer*

Dispense usted, señor, pero ha ido á hacer una pregunta á las oficinas de Rabourdin.

CHAZELLE, *entrando con el sombrero en la cabeza sin ver á Baudoyer*

Señores, el papá la Billardiére ha muerto y Rabourdin es jefe de división y refrendario. Éste sí que no ha robado el ascenso...

BAUDOYER, *á Chazelle*

¿Ha encontrado usted ese nombramiento en su segundo sombrero, señor mío? (*Le indica el sombrero que está en su sitio*). Esta es la tercera vez, durante este mes, que viene usted después de las nueve. Si continúa usted de ese modo, hará carrera, pero ya sabe en qué sentido. (*A Bixiou, que lee el periódico*). Mi querido señor Bixiou, hágame el favor de dejar el periódico á esos señores que se disponen á almorzar y venga á buscar su trabajo de hoy. Yo no sé lo que el señor Rabourdin hace de Gabriel; creo que lo tiene para su uso particular, porque le ha llamado ya tres veces. (*Baudoyer y Bixiou entran en el despacho*).

CHAZELLE

¡Maldita suerte!

PAULMIER, *satisfecho de molestar á Chazelle*

¿No le habían dicho á usted abajo que había subido? Además, ¿no podía usted mirar al entrar, ver el sombrero en su sitio y al elefante?...

COLLEVILLE, *riéndose*

En la cuadra.

PAULMIER

Es bastante grueso para ser visible.

CHAZELLE, *con desesperación*

¡Pardiez! por cuatro francos y setenta y cinco céntimos que nos da el gobierno, no creo que deba estar uno como esclavo.



FLEURY, *entrando*

¡Abajo Baudoyer! ¡viva Rabourdin! Este es el grito de la división.

CHAZELLE, *desesperándose*

Baudoyer podrá hacer que me destituyan si quiere, pero no me hará gran perjuicio. En París existen mil medios para ganarse cinco francos diarios. Se ganan en la Audiencia, haciendo copias para los procuradores...

PAULMIER, *fastidiando á Chazelle*

Usted dice eso, pero un destino es un destino. Y el valeroso Colleville, que trabaja como un forzado fuera de la oficina y que podría ganar, si perdiese el destino, mucho más de lo que gana aquí nada más que enseñando música, prefiere, sin embargo, su destino. ¡Qué diantre! ¡No se abandonan tan fácilmente las esperanzas!

CHAZELLE, *continuando su filípica*

Él, pero no yo. Nosotros ya no tenemos esperanzas de medrar. ¡Pardiez! Hubo un tiempo en que nada era más seductor que la carrera administrativa. Sobraban tantos hombres en el ejército como faltaban en la carrera administrativa. Las gentes lisiadas, mancos, cojos y de poca salud como Paulmier, y los miopes, obtenían un rápido ascenso. Las familias cuyos hijos pululaban en los colegios, se dejaban entonces deslumbrar por la brillante existencia de un joven vestido de uniforme, cuyo ojal iba adornado con una cinta roja, y que cobraba un millar de francos al mes á cambio de ir algunas horas á un ministerio cualquiera ó vigilar algo llegando tarde y saliendo pronto, y teniendo como lord Byron algunas horas de asueto, paseándose por las Tullerías, dejándose ver en todas partes, en los teatros, en los bailes, admitidos en las *mejores sociedades*, gastándose un sueldo y devolviendo así á Francia todo lo que Francia le daba. En efecto, los empleados eran entonces como Thuiller, mimados por mujeres bonitas, parecían tener talento y no empleaban mucho tiempo en las oficinas. Las reinas, las princesas y las mariscalas de aquella época feliz, tenían caprichos. Todas aquellas hermosas damas tenían la pasión de las almas hermosas, les gustaba proteger; así es que se

podía desempeñar veinticinco años un destino elevado, ser auditor del consejo de Estado ó refrendario y hacer informes al emperador, divirtiéndose con su augusta familia. Entonces se divertían y trabajaban á la vez. Todo se hacía pronto. Pero hoy, desde que la cámara ha inventado la especialidad de los gastos y los capítulos adicionales, somos menos que soldados. Las menores plazas están sometidas á mil riesgos, porque hay mil soberanos.

BIXIOU, *entrando*

¿Está loco Chazelle? ¿Dónde ve mil soberanos? ¿Será acaso en su bolsillo?

CHAZELLE

¡Contemos! Cuatrocientos al extremo del puente de la Concordia, llamado así porque conduce al espectáculo de la perpetua discordia entre la izquierda y la derecha de la cámara; trescientos más al extremo de la calle del Tournon. La corte, que debe contar trescientos, está, pues, obligada á tener setecientas veces más voluntad que el emperador para dar á sus protegidos un destino cualquiera.

FLEURY

Todo eso significa que en un país donde hay trescientos poderes, se puede apostar mil contra uno á que un empleado que sólo es protegido por sí mismo no obtendrá nunca un ascenso.

BIXIOU, *mirando sucesivamente á Chazelle y á Fleury*

¡Ah! hijos míos, á vosotros os falta saber aún que el peor estado es estar en el Estado.

FLEURY

A causa del gobierno constitucional.

COLLEVILLE

Señores, no hablemos de política.

BIXIOU

Fleury tiene razón. Hoy, señores, servir al Estado ya no es servir al príncipe que sabía castigar y recompensar. Hoy el Estado es todo el mundo, y todo el mundo no se preocupa



de nadie. Servir á todo el mundo es no servir á nadie. Nadie no se interesa por nadie. Un empleado vive entre estas dos negaciones. El mundo no tiene lástima, ni consideración, ni cabeza; todo el mundo es egoísta, todo el mundo olvida mañana el servicio de ayer. De poco vale que seáis, como el señor Baudoyer, un genio administrativo desde la más tierna infancia, el Chateaubriand de los informes, el Bossuet de las circulares; el Caudis de las memorias, el hijo sublime de los telegramas, pues existe una ley desoladora contra el genio administrativo, la ley acerca del ascenso con proporción media. Esta fatal proporción media resulta de las tablas de la ley acerca del ascenso y de las tablas de mortalidad combinadas. Es indudable que entrando en cualquiera administración á la edad de diez y ocho años, no se obtienen mil ochocientos francos de sueldo hasta los treinta, y para obtener dos mil á los cincuenta, la vida de Colleville nos prueba que el genio de una mujer, el apoyo de varios pares de Francia y de varios diputados influyentes no sirve de nada. No existe, pues, carrera libre é independiente en la cual en doce años un joven que ha hecho sus estudios y que está libre del servicio militar, aunque no tenga una inteligencia privilegiada, no haya reunido un capital de cuarenta mil francos, que representa la renta perpetua de nuestro sueldo esencialmente transitorio. En este período de tiempo un tendero debe haber ganado veinte mil francos de renta, haber hecho negocio ó haber presidido el tribunal del comercio; un pintor ha embadurnado un kilómetro de tela y debe ser condecorado con la Legión de honor ó darse aires de un gran hombre desconocido. Un hombre de letras es profesor de algo, ó periodista de á cien francos las mil líneas, ó escritor de folletines, ó se halla en santa Pelagia después de un libelo luminoso que disgusta á los jesuítas, lo cual constituye un valor enorme y convierte á un hombre en político. En fin, un ocioso que no hace nada, pues hay ociosos que hacen algo, se ha creado deudas y halla una viuda que se las pague. Un cura ha tenido tiempo para llegar á ser obispo *in partibus*. Un autor dramático se ha hecho propietario, aunque no haya hecho nunca una comedia entera, como Bruel. Un muchacho inteligente y sobrio que haya empleado el descuento con un capital muy pequeño como la señorita Thuiller, compra un cargo de agente de cambio. Vayamos más abajo.

Un pasante es notario, un trapero tiene mil escudos de renta, los obreros más desgraciados han podido llegar á ser fabricantes, mientras que en el movimiento rotatorio de esta civilización que confunde la división infinita con el progreso, un Chazelle ha vivido á razón de un franco diez céntimos por cabeza, lucha con su sastre y su zapatero, tiene deudas, no es nada, es un cretino. Vamos, señores, un buen arranque algún día, presentemos todas nuestras dimisiones. Fleury, Chazelle, lanzaos á otros mundos y sed de una vez dos grandes hombres.

CHAZELLE, *calmado con las palabras de Bixiou*

Gracias (*Risa general*).

BIXIOU

Hacen ustedes mal. En su lugar, yo me anticiparía al secretario general.

CHAZELLE, *inquieto*

¿Pues qué tiene que decirme?

BIXIOU

Chazelle, Odry le diría á usted con más amabilidad que Lupeaulx que para usted la única plaza libre es la Plaza de la Concordia.

PAULMIER, *abrazado al tubo de la estufa*

¡Pardiez! Baudoyer no os perdonará, no tengáis cuidado.

FLEURY

Pero ¿todavía estamos con Baudoyer? Vaya un tipo que defendéis. Hablemos del señor Rabourdin, ese es un hombre. Me ha puesto un trabajo sobre la mesa que serían precisos tres días para despacharlo aquí... Y sin embargo, lo tendré para esta tarde á las cuatro. Bien es verdad que no viene detrás de mí como un perro ni me impide que venga á hablar con mis amigos.

BAUDOYER, *presentándose*

Señores, convendrán ustedes conmigo en que si se tiene derecho á censurar á la cámara ó la marcha de la administración, no ha de ser ciertamente en las oficinas (*Se dirige á Fleury*.) ¿Por qué viene usted aquí, caballero?



FLEURY, *insolentemente*

Para advertir á estos señores que hay jaleo. Bruel ha sido enviado al secretario general y Dutocq también corre. Todo el mundo se pregunta quién será nombrado.

BAUDOYER

Esto, señor mío, no es cuenta nuestra; vuélvase á sus oficinas y no venga á turbar las mías.

FLEURY, *en la puerta*

Sería una famosa injusticia si se la *birlasen* á Rabourdin. Yo juro que abandonaría el ministerio. (*Vuelve.*) ¿Ha encontrado usted su anagrama, papá Colleville?

COLLEVILLE

Sí, aquí lo tengo.

FLEURY, *inclinándose sobre la mesa de Colleville*

¡Famoso! ¡famoso! esto mismo es lo que ocurrirá si el gobierno continúa su oficio de hipócrita. (*Hace seña á los empleados de que Baudoyer escucha.*) Si el gobierno dijese francamente su intención sin conservar preocupaciones, entonces verían los liberales lo que tendrían que hacer. Un gobierno que pone contra sí á sus mejores amigos y á hombres como los de los *Débats*, como Chateaubriand y Royer-Collard, da lástima.

COLLEVILLE, *después de haber consultado á sus colegas*

Mire usted, Fleury, es usted un buen muchacho, pero no hable aquí de política, pues no sabe el daño que nos hace.

FLEURY, *secamente*

Adiós, señores, me voy á trabajar. (*Vuelve y habla en voz baja á Bixiou.*) Se dice que la señora Colleville está liada con la congregación.

BIXIOU

¿Por dónde?...

FLEURY, *soltando una carcajada*

¡Nunca se le coge á usted desprevenido!

COLLEVILLE, *inquieto*

¿Qué dice usted?

FLEURY

Nuestro teatro hizo ayer mil escudos con la pieza nueva, á pesar de que va la cuadragésima representación. Debería usted venir á verla, las decoraciones son hermosas.

En este momento, Lupeaulx recibía en la secretaría á Bruel, tras el cual se había puesto Dutocq. Lupeaulx había sabido por su ayuda de cámara la muerte del señor de la Billardiére y quería agradar á los dos ministros haciendo para aquella misma noche un artículo necrológico.

—Buenos días, mi querido Bruel—dijo el semi-ministro al subjefe al verle entrar y sin ofrecerle asiento.—¿Sabe la noticia? La Billardiére ha muerto y los dos ministros estaban presentes cuando ha sido sacramentado. El buen hombre ha recomendado muy eficazmente á Rabourdin, diciendo que moriría considerándose desgraciado si no sabía que había de sucederle el que constantemente había desempeñado su plaza. Al parecer la agonía es un acto en el que se confiesa todo. El ministro se ha comprometido con tanto más motivo, cuanto que su intención, como la del Consejo, es recompensar los numerosos servicios del señor Rabourdin (mueve la cabeza á los lados). El consejo de Estado reclama su concurso. Se dice que el señor de la Billardiére deja la división de su difunto padre y pasa á la comisión de gracia y justicia, lo cual es como si el rey le hiciese un regalo de seis mil francos, puesto que el destino es como un cargo de notario y puede venderse. Esta noticia causará alegría en vuestra división, donde tal vez se creería que se colocaría á Benjamín. Bruel, sería preciso redactar diez ó doce líneas para dar cuenta de la muerte del buen hombre. Sus excelencias lo verán (lee los periódicos). ¿Conoce usted la vida del papá la Billardiére?

Bruel hace un gesto para acusar su ignorancia.

—¿No?—repuso Lupeaulx.—Pues bien, ha estado mezclado en los asuntos de la Vendea y era uno de los confidentes del difunto rey. Como el señor conde de Fontaine, no ha querido transigir nunca con el primer cónsul. Ha chueñado un poco. Nació en Bretaña de una familia, ennoblecida



por Luis XVIII. ¿Qué edad tenía? No importa. Sobre todo puntualice usted esto... *La lealtad, que no fué nunca desmentida por él, una religiosidad probada...* (el pobre hombre tenía la manía de no poner nunca los pies en una iglesia) dadle el título de *piadoso servidor...* Procure usted poner de manifiesto que pudo cantar el cántico de Simeón al advenimiento de Carlos X. El conde de Artois estimaba mucho á la Billardiére, pues ha cooperado desgraciadamente en el asunto Quiberon y ha cargado con toda la responsabilidad. ¿Y sabe usted? La Billardiére justificó al rey en un folleto publicado en contestación á una impertinente historia de la Revolución hecha por un periodista y en esto puede usted apoyar sus razonamientos de adhesión. En fin, pese usted sus palabras á fin de que los demás periódicos no se burlen de nosotros, y tráigame usted el artículo. ¿Estaba usted ayer en casa de Rabourdin?

—Sí, *monseñor*—dijo Bruel.—¡Ah! dispense.

—No hay de qué—respondió Lupeaulx riéndose.

—Su mujer estaba hermosísima—repuso Bruel,—no hay otra igual en París. Las hay tan listas como ella, pero no la hay tan graciosa y tan lista á la vez. Una mujer puede ser más hermosa que Celestina, pero es difícil que sea tan variada en su belleza. La señora Rabourdin es muy superior á la señora de Colleville—dijo el vaudevillista recordando la aventura de Lupeaulx.—Flavia debe lo que es al comercio de los hombres, mientras que la señora Rabourdin lo sabe todo por sí misma, y yo temería decir un secreto en latín delante de ella. Si yo tuviese una mujer semejante, creería poder lograrlo todo.

—Tiene usted más talento del que le es permitido tener á un autor—respondió Lupeaulx con un movimiento de vanidad. Después se volvió para ver á Dutocq y le dijo:

—¡Oh! buenos días, Dutocq, le he mandado á usted llamar para rogarle que me preste su Charlet si está completo; la condesa no conoce nada de Charlet.

Bruel se retiró.

—¿Por qué viene usted sin que le llame?—dijo duramente Lupeaulx á Dutocq cuando estuvieron solos.—¿Está en peligro el Estado para venir á verme á las diez en el momento en que voy á almorzar con Su Excelencia?

—Tal vez, señor—dijo Dutocq.—Si hubiese tenido el honor de verle esta mañana, sin duda no hubiera usted

hecho el elogio del señor Rabourdin después de haber visto el que éste hace de usted.

Dutocq abrió su casaca, sacó un cuaderno de papel del lado izquierdo y lo colocó sobre la mesa de Lupeaulx. Después fué á echar el cerrojo temiendo una explosión; he aquí lo que leyó el secretario general referente á él, mientras que el gerente cerraba la puerta.

SEÑOR DE LUPEAULX.—*Un gobierno se desacredita empleando ostensiblemente á tal hombre, que tiene su especialidad en la policía diplomática. A este personaje se le puede poner con éxito enfrente de los filibusteros políticos de los demás ministerios, pues sería lástima emplearlo en la policía interior. Está muy por encima del espía vulgar, sabe comprender un plan y llevar á cabo una infamia necesaria, buscando en todos los casos la retirada.*

Lupeaulx estaba sucintamente analizado en cinco ó seis frases, resultando aquello la quinta esencia del retrato biográfico colocado al principio de esta historia. A las primeras palabras el secretario general se sintió juzgado por un hombre más fuerte que él, pero quiso reservarse el derecho de examinar aquel trabajo trascendental, sin entregar sus secretos á un hombre como Dutocq. Lupeaulx mostró, pues, al espía un rostro tranquilo y grave. El secretario general, como los gobernadores y magistrados, como los diplomáticos y demás gentes acostumbradas á escudriñar el corazón humano, no se asombraba ya de nada. Habitudo á las traiciones, á las astucias del odio y á los lazos, podía recibir una herida en la espalda sin que su cara denotase nada.

—¿Cómo se ha procurado usted este documento?

Dutocq contó su buena suerte; mientras le escuchaba, la cara de Lupeaulx no denotaba aprobación; así es que el espía acabó con gran miedo el relato que había comenzado triunfalmente.

—Dutocq, ha puesto usted el dedo entre la corteza y el árbol—respondió secamente el secretario general.—Si no quiere usted crearse terribles enemigos, guarde usted el más profundo secreto acerca de esto, que es un trabajo de la más alta importancia conocido por mí.

Lupeaulx despidió á Dutocq con una de esas miradas que son más expresivas que la palabra.